

humanos se llega á la seleccion. Porque lo falso esté mezclado entre lo verdadero, no se debe rechazar el conjunto. El que se encuentre zizaña no es pretexto para rechazar el grano. Arrancad la yerba nociva del error, pero segad el hecho y ligadlo con los otros. La ciencia es un haz de hechos.

La mision de la ciencia es estudiarlo y sondearlo todo. Eludir un fenómeno, rehusarle el pago de atencion á que tiene derecho, apartarlo, volverle desdeñosamente la espalda, es declarar en quiebra á la verdad, es dejar que se proteste la firma de la ciencia. El fenómeno del trípode antiguo y del velador moderno tienen derecho, como cualquier otro, á ser examinados. Abandonar los fenómenos á la credulidad es hacer traicion á la razon humana.

Homero afirma que los trípodes de Delos andaban solos, y explica este hecho en el canto XVIII de la *Iliada*, diciendo que Vulcano forjaba para ellos ruedas invisibles. La explicacion no simplifica mucho el fenómeno. Platon refiere que las estátuas de Dédalo gesticulaban en las tinieblas, que tenian voluntad, que desobedecian á su señor y que era preciso atarlas para que no se fuesen. Hechier menciona en la página 52 de su *Historia de Teodosio*, al ocuparse de la conspiracion que fraguaron los hechiceros del siglo cuarto contra el emperador, el hecho de un velador que giraba, de lo que trataremos más adelante, para decir lo que Hechier callaba y acaso ignoraba.

Despues de todo, á pesar de lo que la credulidad haya pensado y dicho, el fenómeno de los trípodes y de los veladores es completamente ageno á la inspiracion de los poetas, que es inspiracion directa, y esto es lo que queremos demostrar. La Sibila tiene trípode, pero el poeta no. El poeta es un mismo trípode, es el trípode de Dios. Dios no ha creado el maravilloso alambique de la idea, el cerebro del hombre, para no servirse de él. El génio contiene todo lo necesario en su cerebro, y todos sus pensamientos pasan por él. El pensamiento sube y se desprende del cerebro, como el fruto de la rama. El pensamiento es la resultante del hombre. Las raices se sumergen en la tierra: el cerebro se sumerge en Dios.

Es decir, en el infinito.

Caen en un profundo error los que imaginan que poemas como *El médico de su honra* ó *El Rey Lear* pueden ser dictados por un trípode ó por un velador.

Esas son obras humanas. Dios no necesita ayudar á Shakespeare ni á Calderon.

Demos, pues, un puntapié al trípode: la poesia es hija del poeta. Respetemos lo posible, cuyos límites ignoramos; respetemos tambien lo extrahumano, que es de donde salimos y á donde volveremos; pero no rebajemos á los grandes trabajadores terrestres, admitiendo en contra de ellos hipótesis de colaboraciones misteriosas que no son necesarias: concedamos al cerebro lo que le pertenece, y consignemos que el trabajo de los génios consiste en lo sobrehumano que surge del hombre.

*A. Cantu Jauriqui*  
II.

El arte supremo es la region de los iguales.

Una obra magistral es siempre equivalente á otra obra magistral.

Como el agua calentada á cien grados no es capaz de aumentar de calor, ni es posible elevarla á temperatura más alta, el pensamiento humano llega á alcanzar en ciertos hombres su intensidad completa. Esquilo, Job, Fidiás, Isaías, San Pablo, Juvenal, el Dante, Miguel Angel, Rabelais, Cervantes, Shakespeare, Rembrandt, Beethoven y algunos más marcan los cien grados del génio.

El espíritu humano tiene su cima. Esta cima es el ideal.

Dios descende hasta ella y el hombre sube. En cada siglo, tres ó cuatro génios emprenden esa ascension: los demás los siguen con la vista desde bajo. Dichos hombres suben trepando á la montaña, entran en las nubes, desaparecen y vuelven á aparecer, bordean los precipicios; tal vez algun espectador desea que den algun paso en falso, pero los aventureros prosiguen avanzando con intrepidez en su camino. Están ya arriba, están ya lejos, no son ya más que puntos negros. Qué pequeños son! esclama la multitud; pero son gigantes, siguen andando; el camino es ancho y escarpado; á cada paso encuentran un obstáculo ó un lazo, pero van elevándose. Necesitan para subir cortar el hielo y marchar por encima y tallar escalones en el odio. Las tormentas rugen en su camino, los abismos se multiplican á su alrededor, pero siguen andando; algunos caen, porque lo merecen; otros se paran y retroceden; algunos desfallecen; los intrépidos continúan, los predestinados persisten. La pendiente terrible se derrumba bajo sus plantas y trata de arrastrarlos, porque

la gloria es traidora; las águilas los contemplan, los rayos los acosan, el huracán ruge furioso; pero no importa, se obstinan y suben. Todo el que llega á la cumbre es igual á tí, Homero.

Repetid los nombres que acabamos de escribir y los que podríamos haber añadido á esa lista. No es posible elegir entre ellos; no se puede inclinar la balanza entre Rembrandt y Miguel Angel.

Concretándonos solo á los escritores y á los poetas, examinadlos uno tras otro; cuál es el más grande? Todos.

*A. Cantu Jauriqui*  
Homero es el enorme poeta niño; cuando el mundo nace, Homero canta. Es el pájaro de la aurora. Homero tiene el candor sagrado del alba; casi desconoce la sombra. Homero reasume el caos, el cielo, la tierra, á Geo y Ceto, á Júpiter, á todos los dioses, á Agamenon, rey de los reyes; á los pueblos, que al principio son rebaños; á los templos, á las ciudades, á los asaltos, á las cosechas, al Océano; Homero reasume á Diomedes combatiendo, á Ulises errante, á los Meandros de una nave buscando la patria, á los cíclopes, á los pigmeos, á los sacerdotes, á las vírgenes, á las madres, á los niños que asustan los penachos, las palabras graves que caen de las barbas blancas, las amistades que son amores, las cóleras y las hidras; á Vulcano haciendo reir á los de arriba y á Tersites á los de abajo; los dos aspectos del matrimonio resumidos de antemano para todos los siglos en Elena y en Penélope; la Estigia, el Destino, el talon de Aquiles, los mónstruos, los héroes, los hombres y todas las infinitas perspectivas miradas á través de las sombras del mundo antiguo. Homero reasume á Troya codiciada y Atica deseada; la guerra y el viaje, los dos medios primitivos de realizar la conjuncion de los hombres; la tienda de campaña atacando á la torre, el navío sondeando lo desconocido, que tambien es otro ataque; todas las guerras y todas las pasiones, todos los viajes y todas las aventuras que forman en él dos grupos gigantescos; el primero, que es sangriento, se llama *Iliada*; el segundo, que es luminoso, se llama la *Odissea*. Homero dá á los hombres más potencia que la naturaleza. Hace que se arrojen á la cabeza piedras que doce yuntas de bueyes no podrian mover, y los dioses apenas se atreven á meterse con ellos. Minerva coge á Aquiles por el cabello, y éste, volviéndose irritado, ex-

clama: "Qué quieres de mí, diosa?" No son monótonas nunca sus poderosas personificaciones; sus gigantes son variados. En cuanto Homero crea un héroe, rompe el molde. Ajax, hijo de Ulises, es de menor talla que Ajax, hijo de Telamon. Homero es uno de los génios que resuelven el bello problema del arte, quizás el más bello, que consiste en la pintura exacta de la humanidad, conseguida por el engrandecimiento del hombre; es decir, por la generacion de lo real en lo ideal. Homero es al mismo tiempo fábula é historia, hipótesis y tradicion, fantasia y ciencia; es insondable y risueño; todas las profundidades de las primitivas edades se mueven radiantes de luz en el vasto azul de su espíritu. Licurgo, el sábio misántropo, término medio entre Solon y Dracon, fué vencido por Homero. Estando de viaje, volvió atrás en el camino por ir á hojear en casa de Cleofrilo los poemas de Homero, que depositó allí como recuerdo de la hospitalidad que un dia recibió en dicha casa. Para los griegos, Homero fué un dios, que tenia sus sacerdotes llamados *homeridos*. Alcibiades dió un bofetón á un retórico porque se jactaba de no haber leído nunca á Homero. La divinidad de Homero ha sobrevivido al paganismo. Miguel Angel decia: *Cuando leo á Homero me examino para ver si tengo veinte piés de altura*. Pretende una tradicion que el primer verso de la *Iliada* sea de Orfeo, lo que, fortificando á Homero con Orfeo, aumentó en Grecia la fama de aquel. El escudo de Aquiles (en el canto 18 de la *Iliada*) le comentaba en los templos Danco, que era hija de Pitágoras. Homero, como el sol, tiene planetas. Virgilio, que compone la *Eneida*; Lucano, que escribe la *Farsalia*; el Tasso, autor de la *Jerusalem*; Ariosto, autor de *Orlando el furioso*; Milton, que escribe el *Paraiso perdido*; Camöens, que compone las *Lusiadas*; Klopstock, autor de la *Mesiada*, y Voltaire, autor de la *Henriada*, gravitan sobre Homero, que envia á sus propios satélites la luz diversamente reflejada, y estos se mueven á distancias desiguales en desmesurada órbita. Tal es Homero y tal el principio de la epopeya.

*A. Cantu Jauriqui*  
§ II.  
Job empieza el drama con un embrion coloso. Job le comenzó hace ya cuarenta siglos colocando á Jehová enfrente de Satanás. El mal desafía al bien, y desde ese momento se empeña la

accion: la tierra es el sitio de la escena, el hombre el campo de batalla y las plagas los personajes. Consiste una de las grandezas más salvajes de este poema en que el sol brilla siniestramente. El sol de Job es el mismo que el de Homero, pero no en la aurora, sino en el medio día; sus sofocantes rayos, cayendo en el desierto, llenan este ardiente poema. Job suda en el estercolero. La sombra de Job es reducida y negra y se oculta bajo de él, como la víbora bajo la roca. Las moscas tropicales zumban en sus llagas. Arde sobre Job el candente sol árabe, que cria mónstruos, que aumenta las plagas, que convierte el gato en tigre, el lagarto en cocodrilo, el cerdo en rinoceronte, la anguila en boa, y la ortiga en capto, el viento en simoun y el miasma en peste. Job es anterior á Moisés: en la lontananza de los siglos se vé, al lado del patriarca hebreo Abraham, al patriarca árabe Job. Antes de sufrir habia sido dichoso. *Fué el hombre más alto del Oriente*, como dice su poema. Era el labrador rey, ejercia el inmenso sacerdocio de la soledad. Sacrificaba y santificaba. Por la noche bendecía la tierra; era letrado y conocia el ritmo. Su poema, cuyo texto árabe se perdió, estaba escrito en verso, por lo menos desde el versículo III del capítulo III hasta el fin. Era bondadoso; daba limosna á los niños pobres que encontraba; era la muleta del cojo y el lazarillo del ciego; cayó, y al caer se convierte en gigante. En el poema de Job se desarrolla esta idea: la grandeza que se encuentra en el fondo del abismo. Job es más majestuoso en la miseria que en la prosperidad. Su lepra es una púrpura. Su abatimiento espanta á los que lo ven. Solo le hablan despues de permanecer en silencio siete días y siete noches. Sus lamentos llevan el sello de no sé qué magismo tranquilo y lúgubre. Mientras mata los gusanos que crian sus úlceras, interpela á los astros, y dirigiéndose á Orion, á las Hiadas ó Pléyades y á los signos del medio día, dice: "Dios ha señalado un término á las tinieblas". Llama al diamante oculto "la piedra de la oscuridad". Dice frases trágicas que hielan, como ésta: *La vida es un vacío*. Cuando se sonríe espanta. Le rodean Elifas, Bildad y Tsofar, tres impalpables tipos del amigo curioso, y les dice: "Os divertís conmigo como si fuera un tamboril". Su lenguaje, sumiso para con Dios, es amargo para con los reyes. "Los reyes de la tierra que se construyen soledades." Nos deja la duda

de si habla de sus sepulcros ó si habla de sus reinos. Tácito dice: *Solitudinem facium*. Adora á Jehová, y por toda resistencia á lo que le hacen padecer las plagas, se limita á preguntar: "¿No me permitirás que trague la saliva?" Esta pregunta data de cuatro mil años. Mientras el enigmático astrónomo de Deuderah esculpía en granito su misterioso zodíaco, Job grababa el suyo en el pensamiento humano, pero su zodíaco no era de estrellas, sino de miserias. Este zodíaco gira todavía sobre nuestras cabezas. No conocemos á Job más que por la traducción hebrea, que se atribuye á Moisés. Tal poeta, interpretado por tal traductor, obliga á meditar. ¡El hombre del estercolero traducido por el hombre del Sinai! Sin duda alguna Job es un sacerdote y un vidente. Job extrae de su drama un dogma; sufre y razona, y sufrir y razonar es enseñar que el dolor, cuando es lógico, nos lleva hasta Dios. Job enseña, y despues de haber subido á la cumbre del drama, agita el fondo de la filosofía, siendo el primero que manifiesta la sublime demencia de la sabiduría que dos mil años más tarde, haciendo el sacrificio de la resignación, llegará á ser la locura de la cruz. *Stulticiam crucis*. El estercolero de Job, transfigurado, se convertirá en el Calvario de Jesús.

## § III.

Esquilo, iluminado por la intuición inconsciente del genio, sin apercibirse de que deja detrás de él en el Oriente la resignación de Job, la corona sin saberlo con la rebelión de Prometeo; de modo que la elección es completa, y el género humano, al que Job enseñó el deber, sentirá en Prometeo despertarse la idea del derecho. Algo espantoso domina enteramente á Esquilo, y una Medusa se dibuja vagamente en la oscuridad, detrás de las figuras que se mueven en su luz. Esquilo es magnífico y formidable. En sus obras hay dos Caínes, que son Eteocles y Polinice. El Génesis no tiene más que uno. Su nube de oceánidas se agita en un cielo tenebroso, como nube de pájaros perseguidos. Esquilo no guarda ninguna de las proposiciones conocidas. Es rudo, abrupto, excesivo, incapaz de pendientes suaves, casi feroz; su gracia es semejante á las flores silvestres de los sitios escabrosos; le aman las euménides, pero no las ninfas; es partidario de los Titanes, y entre las diosas elige las más sombrías y dirige siniestras sonrisas á las górgonas; es hijo de la tierra,

como Otris y Briareo, pero está dispuesto á escalar el cielo para ir contra el advenedizo Júpiter. Esquilo es el misterio antiguo hecho hombre; es una especie de profeta pagano. Su trabajo, si le poseyéramos completo, sería una especie de biblia griega. Es un poeta que posee un Orestes más fatal que Ulises y una Teba más heroica que Troya; duro como la roca, tumultuoso como la espuma, lleno de escarpaduras, de torrentes y de precipicios, y tan gigante, que hay ciertos momentos en que parece que se convierte en montaña. Como vivió despues de la *Iliada*, parece que sea el primogénito de Homero.

## § IV.

Isaías se asemeja en las regiones superiores de la humanidad al rugido continuo del trueno: es la eterna protesta. Su estilo es una especie de nube nocturna; se ilumina de repente con imágenes que enrojecen de súbito todo el abismo de este pensamiento siniestro y os hace exclamar: Relampaguea! Isaías se bate cuerpo á cuerpo con el mal, que en la civilización empieza antes que el bien. Cuando oye el ruido de los carros, de las fiestas y de los triunfos, grita: ¡Silencio! La espuma de sus profecías desborda hasta sobre la naturaleza; denuncia Babilonia á los topos y á los murciélagos; promete Nínive á las zarzas, Tiro á las cenizas, Jerusalem á la noche; fija un plazo á los opresores, predice á las naciones su muerte próxima, señala el fin de los ídolos. Se le vé de pié en el umbral de la civilización, negándose á entrar en ella. Es una especie de boca del desierto que habla á las muchedumbres y que reclama en nombre de las arenas, de las malezas y de los vientos, el lugar que ocupan las ciudades, porque es justo; porque el tirano y el esclavo, es decir, el orgullo y la vergüenza, se ven en todas partes donde hay recintos de murallas; porque el mal está allí encarnado en el hombre; porque la soledad solo existe en las fieras, mientras en las ciudades existen los mónstruos. Subsiste todavía lo que Isaías reprochaba á su tiempo; esto es, la idolatría, la orgía, la guerra, la prostitución y la ignorancia; Isaías es el eterno contemporáneo de los vicios que se convierten en criados y de los crímenes que se convierten en reyes.

## § V.

Ezequiel es el adivino montaraz: genio

de caverna, pensamiento á propósito para rugir. ¿Sabeis lo que anuncia al mundo este salvaje? Pues anuncia una cosa asombrosa; anuncia el progreso. Isaías demuele, pero Ezequiel reconstruye. Isaías rechaza la civilización, Ezequiel la acepta, pero la transforma. La naturaleza y la humanidad se confunden en el tierno rugido de Ezequiel. La noción del deber aparece en Job, la noción del derecho en Esquilo; Ezequiel saca la resultante, la tercera noción, el progreso del género humano, el porvenir cada vez más libre. Es un consuelo para el hombre que el porvenir sea un Oriente y no un Poniente. El tiempo actual trabaja para el tiempo futuro; pues trabajad y esperad. Este es el grito que lanza Ezequiel. Ezequiel vive en la Caldea y desde allí distingue claramente la Judea, como desde la opresión se vé la libertad. Declara la paz como otros declaran la guerra; profetiza la concordia, la bondad, la dulzura, la union, el himeneo de las razas, el amor. Sin embargo, es terrible; es el áspero y feroz bienhechor del género humano; gruñe y rechina los dientes y causa temor y ódio. Se condena á ser símbolo, y hace de su persona, que llega á ser espantosa, una representación de la miseria humana y de la abyección popular. Es una especie de Job voluntario. En su ciudad, en su casa, se hace atar con cuerdas y permanece mudo; de este modo es esclavo: en la plaza pública come excrementos. Este hecho hace reír á Voltaire y á nosotros nos hace sollozar. ¡Hasta ese punto llega tu abnegación, Ezequiel! Tú, que haces visible la vergüenza por medio del horror; tú, que obligas á la ignominia á volver la cabeza al reconocerse en la inmundicia; tú enseñas que aceptar á un hombre por amo es lo mismo que comer estiércol, y haces temblar á los cobardes cortesanos nutriendo tu estómago con lo que ellos nutren su alma; tú, que predicas la libertad por el vómito, ¡venerado seas! Ese hombre, ese sér, esa figura, ese profeta puerco, es sublime. La transfiguración que anuncia lo prueba, y lo prueba transfigurándose él mismo; de su boca horrible y sucia brota un torrente de poesía. Jamás se ha hablado lenguaje más grande ni más extraordinario: "Vi visiones de Dios. El huracán traía en revuelta confusión un nubarrón y fuego; ví un carro y una semejanza de cuatro animales; sobre los animales y el carro habia una extensión parecida á un cristal terrible. Las ruedas del carro estaban

formadas de ojos, y eran tan altas, que atemorizaban. El ruido de alas de los cuatro ángeles era como el ruido del Todopoderoso, y cuando se paraban, recogían las alas. Y ví una imágen, que parecía de fuego y que avanzó como una forma de mano, y una voz dijo: "Los reyes y los jueces tienen en el alma dioses de cieno. Arrancaré de su pecho el corazón de piedra y les daré un corazón de carne." Me dirigí á los del río Kebar y permanecí entre ellos siete días completamente asombrado. Y en otra parte: "Había una llanura y en ella huesos secos," y yo dije: "Huesos, levantaos." Miré y vinieron nervios para aquellos huesos y carne para aquellos nervios y una piel que los cubrió, pero el espíritu no vino. Entonces grité: "Espíritu, ven de los cuatro vientos, sopla y que resuciten estos muertos." El espíritu llegó. El soplo entró en ellos, se levantaron y formaron un ejército, un pueblo. Entonces dijo la voz: "Sereis una sola nación; no tendreis ni más juez ni más rey que yo; seré el Dios que tiene un pueblo y vosotros sereis el pueblo que tiene un Dios."

No os basta esto?... Buscad una fórmula superior, que no la encontraréis. El hombre libre en poder de Dios soberano. Ese visionario que comía podredumbre resucita los muertos. Ezequiel tiene la inmundicia en los labios y el sol en los ojos. Los judíos temían la lectura de Ezequiel, y no permitían leerla á los hombres hasta que cumplieran treinta años. Inquietaba á los sacerdotes, que querían sellar los labios del profeta. No podían tratarle de impostor, porque su profético extravío era incontestable; había visto evidentemente lo que refería, por eso tenía tanta autoridad; sus enigmas le convertían en oráculo. No se sabía lo que significaban "aquellas mujeres sentadas al lado del Aquilon, que lloraban á Thamnus." Era imposible adivinar lo que era el "hasmal," metal que enseña en fusión en el horno de sus visiones. Pero en cambio era en él muy clara la visión del progreso. Ezequiel ve al hombre cuádruple: hombre, buey, león y águila; es decir, dueño del pensamiento, del campo, del desierto y del aire. No olvida nada, insinúa el porvenir entero, desde Aristóteles hasta Cristóbal Colón, desde Triptolemo hasta Montgolfier. Más tarde el Evangelio también será cuádruple en los cuatro evangelistas, y subordinará á Mateo, á Lucas, á Marcos y á Juan, el hombre, el

buey, el león y el águila; y ¡coincidencia sorprendente! simbolizará el progreso tomando las cuatro fases de Ezequiel. Además, Ezequiel se llama como Cristo, *Hijo del hombre*. Jesús con frecuencia en sus parábolas evoca é indica á Ezequiel, y esta especie de primer Mesías forma jurisprudencia para el segundo. Se encuentran en Ezequiel tres construcciones: el hombre, en el que coloca el progreso; el templo, en el que coloca la luz y llama gloria, y la ciudad, en la que coloca á Dios. Al templo le dice: "Que no haya aquí sacerdotes, ni ellos ni sus reyes, ni los esqueletos de sus reyes." (Cap. LXIII, v. 7.) Si Ezequiel, que es una especie de demagogo de la Biblia, hubiera vivido en 1793, hubiera ayudado á destruir y á barrer á San Dionisio. Sobre la ciudad que edificó murmura este nombre misterioso: *Jehová Schammah*, que significa: El Eterno está allí presente. Despues calla y se queda pensativo en las tinieblas, señalando con el dedo á la humanidad en el fondo del horizonte, la continua dilatación del azul.

## § VI.

Lucrecio es la grandiosidad oscura. Júpiter está en Homero, Jehová en Job y en Lucrecio aparece Pan. Es tal la grandeza de Pan, que domina al destino, como el Destino domina á Júpiter. Lucrecio viajó y meditó, que es viajar dos veces. Estuvo en Atenas, se relacionó con los filósofos, estudió la Grecia y adivinó la India. Demócrito le hace pensar en la molécula y Anaximandro en el espacio. Sus delirios se han convertido en doctrina. Nadie conoce sus aventuras. Como Pitágoras, frecuentó las dos misteriosas escuelas del Eufrates, Necharda y Pombeditha, en donde pudo encontrar doctores judíos. Deletreó los papiros de Seforis y vivió con los pescadores de perlas de la isla Tilos. Se encuentran en los Apócrifos vestigios de un itinerario extraño y antiguo, recomendado, según unos, á los filósofos por Empedocles, y según otros, á los rabinos por el gran sacerdote Eleazar. Quizás este itinerario sirvió despues de guía á los Apóstoles en sus viajes. El viajero que obedecía este itinerario recorría las cinco satrapías del país de los filisteos; visitaba los pueblos que encantaban á las serpientes y chupaban las llagas; bebía en el torrente de Bosor, que marca la frontera de la Arabia desierta; despues tocaba con su propia mano la argolla de bronce de Andrómeda, todavía clavada en la roca de Jopé;

visitaba á Balbek, en la Siria baja; á Apímea, sobre el Oronte, donde Nicanor alimentaba á sus elefantes; el puerto de Asiongaber, donde se detenían los barcos de Ofiro cargados de oro; veía á Segher, que producía el incienso blanco; las dos Sirtas; la montaña de esmeralda Smaragdus; el país de los Nasamones, en que se despojaba á los naufragos; la nación negra Agizimba; visitaba á Adribé, ciudad de los cocodrilos; á Cinópolis, ciudad de los perros; las maravillosas ciudades de la Comagena, Cláudias y Varsalio, y tal vez á la misma Tadamora, que es la ciudad de Salomón. Tales eran las etapas de esta peregrinación casi fabulosa de los pensadores. ¿La hizo Lucrecio? No se puede asegurar, pero no cabe duda que emprendió muchos viajes. Vió tantos hombres, que sus pupilas acabaron por confundirlos y la multitud se convirtió para él en un fantasma; llevó á tal grado la simplificación del universo, que casi lo aniquiló. Sondeó hasta sentir flotar la sonda. Interrogó á los vagos espectros de Byblos; conversó con el tronco del árbol cortado de Chyteron, que es Junon Thespia.

Quizás habló en los cañaverales con Oannes, el hombre-pep de Caldea que tenía dos cabezas, una de hombre en la parte superior y otra de hidra en la inferior, por cuya boca bebía el caos, que vomitaba en forma de ciencia terrible por la boca superior. Esta es la ciencia de Lucrecio. Isaías confina con los arcángeles; Lucrecio con las larvas. Lucrecio retuerce el antiguo velo de Isis, sumergido en el agua de las tinieblas, y exprime, unas veces á torrentes y otras gota á gota, su sombría poesía. Lo limitado está en Lucrecio. En algunos momentos deja caer un potente verso espondáico lleno de sombras, casi monstruoso. *Circum se foliis ac frondibus involtes*; en otro una atrevida imágen de la cópula bosquejándose en la selva: *Tunc Venus in sylvis jungebat copora amantum*; aquí la selva es la naturaleza. Estos versos son imposibles en Virgilio. Lucrecio vuelve la espalda á la humanidad y mira fijamente al enigma. Lucrecio, espíritu que busca el fondo, se coloca entre esta realidad y esta imposibilidad, el átomo y el vacío, solicitado por estos dos precipicios; es religioso cuando contempla el átomo y escéptico cuando nota el vacío; de aquí sus dos aspectos igualmente profundos, ora niegue, ora afirme. Llega un día en que este viajero se mata. Este es su últi-

mo viaje. Pónese en el camino de la muerte porque quiere ver. Se embarca sucesivamente en todas las naves: en la galera de Trevirio, para Sanastrea, en Macedonia; en el tiremo de Carysto, para Metaponte, en Grecia; en el remigio de Cyllena, para la isla de Samotracia; en la sandalia de Samotracia, para Naxos, en donde habita Baco; en el ceróscafo de Naxos, para la Siria Saludable; en el bajel de Siria, para el Egipto, y en el navio del Mar Rojo, para la India. Le queda un viaje que hacer. Ganoso de conocer la región sombría, se embarca en el ataúd, y desatando por sí mismo la amarra, empuja con el pie esta barca oscura, á la que mece desconocido oleaje.

## § VII.

Juvenal tiene todo lo que le falta á Lucrecio; pasión, fiebre, fuego trágico, amor á la honradez, risa vengadora, personalidad, humanidad. Habita en un punto dado de la creación, que le satisface, porque encuentra en él con qué nutrir y llenar su corazón, ávido de justicia y de cólera. Lucrecio es el universo y Juvenal es el sitio; pero qué sitio! Roma. Ambos poseen la doble voz que se dirige á toda la tierra y á la Ciudad Eterna. *Urbi et orbi*. Juvenal se remonta sobre el imperio romano y agita el enorme batimiento de sus alas de buitre al ver debajo un nido de reptiles. Se precipita sobre este hormiguero y los coge con su pico terrible, unos tras otros, desde la culebra, que es emperador y se llama Neron, hasta la lombriz, que es un mal poeta y se llama Codro.

Isaías y Juvenal tiene cada uno su prostituta; pero hay algo más siniestro que la sombra de la torre de Babel, y es el crujido del lecho de los Césares: Babilonia es menos formidable que Mesalina. Juvenal es el alma antigua y libre de las repúblicas muertas, y encierra una Roma con cuyo bronce se fundieron Atenas y Esparta. Por eso sus versos tienen algo de Aristófanes y algo de Licurgo. Guardaos de él, porque es muy severo. No faltan ni una cuerda á su lira ni á su látigo. Es grande, rígido, austero, brillante, violento, grave, justo, inagotable en imágenes y gracioso cuando quiere. Su cinismo es la indignación del pudor. Su gracia, independiente y símbolo de la verdadera libertad, tiene garras; sin saber cómo aparece de pronto derramando alegría en la majestad rectilínea de sus exámetros; nos parece ver el gato de Corinto que corre sobre el

frontispicio del Parthenon. Hay algo de la epopeya en su sátira, pues Juvenal empuña el cetro de oro con que Ulises golpeaba á Tersites. ¡Hinchazon, declamaciones é hipérboles! exclaman los escritores desacreditados, y estos gritos, que repiten estúpidamente los retóricos, forman su glorioso ruido. *Se comete igual crimen practicando malas acciones que refiriéndolas*, dicen Tillemont, Marco-Mureto, Garasse, etc., necios que á veces son chistosos. La invectiva de Juvenal llamea desde hace dos mil años, y es un aterrador incendio de poesía que consume á Roma en presencia de los siglos; esa hoguera espléndida brilla, y en vez de apagarla el tiempo, se aviva más cada vez entre nubes de humo lúgubre, y salen de ella rayos que iluminan la libertad, la probidad y el heroísmo, lanzando hasta nuestra actual civilizaci6n espíritus llenos de luz. ¿Qué son Regnier, Aubigné y Corneille más que chispas de Juvenal?

## § VIII.

Tácito es el historiador. La libertad se encarna en él como en Juvenal, y sube muerto al tribunal, vistiéndolo el sudario como toga y citando á la barra á los tiranos. El alma de un pueblo que se concentra en el alma de un hombre es Juvenal, como acabamos de decir; eso también es Tácito. Al lado del poeta que condena, se yergue el historiador que castiga. Tácito, sentado en la silla curul del génio, emplaza y sorprende en flagrante delito á los Césares culpables. Constituye el imperio romano largo y continuo crimen. El crimen empieza por los cuatro demonios que se llamaron Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Tiberio es el emperador espía, el ojo que atisba al mundo, el primer dictador que se atreve á interpretar en provecho suyo la ley de majestad, dictada para el pueblo romano; sabe el griego, es sutil, sagaz, sardónico, elocuente, horrible, cariñoso con los delatores; es asesino de los ciudadanos, de los caballeros, del Senado, de su mujer y de su familia; más que mata á los pueblos, los apuñala; es humilde con los bárbaros, traidor con Arquelao, cobarde con Artavanes; ocupa dos tronos, uno en Roma, para saciar su ferocidad, y otro en Caprea, para que sirva de teatro á sus torpezas; inventa vicios y nombres para éstos; es un viejo que se divierte con un serrallo de niños; es flaco, calvo, encorvado, zambo, fétido, corroído por la lepra, cubierto de su-

puraciones, de emplastos y de coronas de laurel; tiene una úlcera como Job y además el cetro; le rodea lúgubre silencio; buscando á su sucesor, olfatea á Calígula y lo elige como una víbora escogería un tigre. Calígula es el hombre miedoso, el esclavo convertido en señor, tímido ante Tiberio y terrible cuando Tiberio muere, vomitando entonces su pasado espanto en atrocidades. Nadie iguala á este loco. Se equivocó un verdugo y mató á un inocente en vez de matar á un criminal; supo el hecho Calígula y exclamó sonriendo: *El condenado no lo merecía tanto*. Para recrear la vista hace que unos perros se coman viva á una mujer. Se acuesta ante el público con sus tres hermanas completamente desnudas. Una de ellas, Drusila, muere, y él manda *que decapiten á los que no la lloren, porque es su hermana, y que crucifiquen á los que la lloren, porque es una diosa*. Nombra pontífice á su caballo, como más tarde Nerón hará dios á su mono. Ofrece al universo el siniestro espectáculo de la destrucci6n del cerebro por el poder absoluto. Es un hombre prostituido, tramposo en el juego y ladrón; destroza los bustos de Homero y de Virgilio; se adorna con rayos como Apolo y con alas como Mercurio; ese frenético dueño del mundo desea el incesto á su madre, la peste á su imperio, el hambre á su pueblo, la derrota á sus ejércitos; desea semejar á los dioses y que el género humano no tenga más que una cabeza para poderla cortar de un golpe. Tal es Cayo Calígula. Claudio es una sombra que reina. Es un semihombre convertido en tirano. Se esconde, pero le descubren y le arrancan de su escondrijo, y estando aterrizado le arrojan sobre el trono. Después de ser emperador tiembla; cuando tiene la corona, no tiene seguridad de tener cabeza, y cada momento la tienta para cerciorarse de ello. En cuanto se tranquiliza, decreta que se añadan tres letras al alfabeto. Pretende ser sábio el idiota. Extrangulan á un senador, y cuando se lo participan, dice: *No lo habia mandado, pero ya que lo han hecho, bien hecho está*. Su mujer se prostituye en su presencia; la mira y pregunta: *Quién es esa mujer?* Apenas puede decirse que existe Claudio; solo es una sombra, pero una sombra que aplasta al mundo: suena por fin su última hora; su mujer lo envenena y su médico lo remata. Exclama: *Me he salvado!* y muere. Las gentes van á ver su cadáver, como cuando vivía vieron su espectro. Nerón es la

más formidable personificaci6n del fastidio que ha aparecido jamás entre los hombres. El mónstruo que bostezaba, que los antiguos llamaban Libor y que los modernos llaman *Spleen*, nos hace adivinar el enigma que se llamó Nerón. Solo se ocupa en buscarse distracciones. Es poeta, cómico, cantor y cohero; agota la ferocidad para encontrar lo voluptuoso; prueba á cambiar de sexo; es esposo del eunuco Esporo y es esposa del esclavo Pitágoras; se pasea por las calles de Roma entre su mujer y su marido; goza de dos placeres, en ver cómo el pueblo se arroja sobre las monedas de oro, sobre los diamantes y sobre las perlas, y en ver cómo los leones se arrojan sobre el pueblo: es incendiario por curiosidad y parricida porque no sabe ya en qué ocupar sus ocios. Tácito dedica á estos cuatro criminales los cuatro primeros patíbulos, enrollándoles en la garganta sus reinados á manera de argollas. El libro que dedica á Calígula se ha extraviado. Fácil es de comprender por qué se pierden esta clase de libros; solo leerlos constituía un crimen.

Cómo hizo arrojar á las fieras á un hombre por haberle sorprendido leyendo la historia de Calígula, que escribió Suetonio. *Feris objici jussit*, como dice Lampridio. Aquellos tiempos eran terribles. Las costumbres entonces eran feroces; la crueldad de los romanos puede deducirse de la atrocidad de los galos. En Galia estalló una rebelion y los campesinos arrojaban á las damas romanas vivas y desnudas sobre los rastrillos, cuyas afiladas puntas se les clavaban en las carnes; después les cortaban los pechos y se los cosían en la boca, para que pareciese que se los comían. Dichas damas romanas tenían por costumbre, cuando conversaban con sus amantes, clavar alfileres de oro en el seno de las esclavas persas ó galas que les hacían el tocado. Tal era la humanidad que presenciaba Tácito; las escenas que estudió hacen de él un hombre terrible. Consigna los hechos y os deja sacar las deducciones.

La Putifar, madre de José, solo se encuentra en Roma. Cuando Agripina, en el supremo trance, comprende en los ojos de su hijo que vá á morir, le ofrece el lecho, y cuando sus labios buscan los de Nerón, aparece la figura de Tácito, cuyas miradas la siguen, *lasciva oscula et pranuntias flagitii blanditias*, y denuncia al mundo el esfuerzo de la madre monstruosa y cobarde, que convierte el parricidio en incesto. A pesar de lo que dice

Justo Lipsio, Domiciano desterró á Tácito é hizo bien. Hombres como Tácito son funestos para los tiranos. Tácito aplica su estilo á las espaldas del emperador y deja en ellas la marca para siempre, abriendo la llaga cuando quiere. Juvenal, á pesar de ser poeta todopoderoso, se dispersa, se desparrama, se abre, cae y bota, flagela á diestro y siniestro, dando cien golpes á la vez, á las leyes, á las costumbres, á los malos magistrados y á los malos versos, á los libertinos, á los ociosos, á César y al pueblo; Tácito, en cambio, tiene la concision del hierro candente.

## § IX.

Juan es el viejo vírgen; es el visionario en quien la ardiente savia del hombre se ha convertido en humo y en agitaci6n misteriosa. No es posible huir del amor. El amor no satisfecho y embotado se transforma al fin de la vida en siniestro desbordamiento de quimeras. La mujer ama al hombre; si no le amase, la poesía humana seria una poesía espectral. Los séres que resisten á la germinaci6n universal llegan á ser víctimas de inspiraciones monstruosas. El Apocalipsis es la obra maestra y casi insensata de esa aterradora castidad. Juan, siendo jóven, era tierno y feroz á un mismo tiempo. Amó á Jesús y no pudo amar nada más. Hay mucha relacion entre el *Cántico de los Cánticos* y el *Apocalipsis*: son dos explosiones de virginidad concentrada. El corazon convertido en volcán se abre y surge de él la paloma que se llama el Cántico de los Cánticos ó el dragon que se llama el Apocalipsis. Esos poemas son los dos polos del éxtasis; la voluptuosidad y el horror llegan á los dos límites extremos del alma; en el primer poema, el éxtasis agota el amor; en el segundo, se agota el terror, infundiéndolo á la agitada humanidad el espanto que produce la contemplaci6n del abismo eterno. Otra relacion, que merece que nos fijemos en ella, existe entre Juan y Daniel. Los que siguen cuidadosamente con la vista el hilo poco perceptible de las afinidades, verán en las profecías fenómenos humanos y normales, y en vez de desdeñar los milagros, los considerarán como formando parte del fenómeno permanente; con ello perderán las religiones, pero la ciencia ganará. No se ha notado aun lo suficiente que el séptimo capítulo de Daniel contiene en gérmen el Apocalipsis. En él los imperios están representados